

ALMAZAR
DE FRUTOS LITERARIOS.
Semanario de Palma.

JUEVES 30 DE ENERO DE 1843.

ENRIQUE DE TINTENIAC.

Creemos que interesará á nuestros lectores el siguiente extracto tomado de *Las memorias de cincuenta años*, que publicará dentro de poco el vizconde Walch. La expedición de Quiberon debia ocupar necesariamente un lugar en la obra que anunciamos; pero este gran desastre era demasiado conocido para que el autor de las *Cartas vadeanas* dejase de publicar algunos pormenores históricos. El episodio que vamos á contar se refiere al desembarco de los emigrados en la playa de Carnac, y él es una prueba del respeto que tenian los nobles soldados de la bandera blanca á la fe jurada, habiendo sido vencidos solo por la traicion.

Los emigrados que habian capitulado y á quienes se les ofreció la vida salva, acababan de recibir de Tallien y de Blad la orden de marchar á Auray. Desarmados y escoltados por los soldados de la república conducian á estos realistas vencidos por la traicion. Atravesaban muchos de ellos campiñas conocidas y amadas; mas uno veia el castillo natal y el campanario de la iglesia en que se habia bautizado.... y era preciso

pasar sin detenerse en estos sitios queridos y sagrados. A la sazón el castillo era propiedad de un jacobino enriquecido con las rapiñas; y la iglesia estaba cerrada porque su altar fué profanado y saqueado!... Agréguese á estos pesares las esperanzas desvanecidas! esos nobles franceses habian soñado la libertad y el rescate de su patria, y eran prisioneros de aquellos á quienes creyeron vencer; esa bandera tricolor, que vieran un instante abatida, volvióse á levantar! Un jóven de diez y siete años perteneciente á la familia de Tinteniac, habia sido herido en el ataque del fuerte de Penthièvre: como su herida no era grave continuó batiéndose, y hallábase en la punta de la península de Carnac, cuando capituló Mr. de Sombrenil por salvar la vida de sus compañeros de armas. Esforzàbase por seguir al grupo de los prisioneros emigrados; pero al cabo de algunas leguas, habiendo perdido mucha sangre, se quedó á bastante distancia de sus camaradas, viéndose obligado á pedir á uno de los oficiales republicanos de la escolta, le permitiese sentarse á un lado del camino y descansar algunos momentos.

«Con mucho gusto» lo respondió el oficial de la república; pero os diré de paso que un jóven tan delicado como vos no debe meterse en hacer la guerra.

= Yo no soy delicado ni débil sino despues de mi herida; antes de recibirla foí bastante fuerte para batirme al lado de mi padre.

= ¿Y dónde está vuestro padre?

= En la playa de Carnac.

= ¿En la playa?

= Sí..muerto.

= Era viejo por ventura?

= No, tenía cuarenta y cuatro años.

= Y qué venia hacer á Francia?

= Lo que haceis vos por la república, creíamos deber hacerlo por la monarquía.

= Bah! la monarquía! pasó su tiempo! ya no hay reyes.... Pero estais pálido y blanco como un sudario, pobre jóven; sentaos al pie de ese arbol.—Oid... antes de descausar bebed un poco de licor de esta calabaza...

= Oh! os lo agradezco en el alma... y diciendo estas palabras bebió el jóven emigrado algunas gotas de aguardiente. «Gracias, añadió; os doy la palabra de reunirme pronto á mis compañeros.»

= Vuestra palabra... desgraciado jóven, no me la deis. Vuestro padre se ha quedado por allá... la república ha tenido bastante sangre...

= Antes de salir de Carnac nos hemos comprometido todos á ir á Auray, jurando no escaparnos en el camino.

= Sin embargo, si quereis...

= Quiero acordarme de mi juramento, y podeis estar seguro, capitán, que no abusaré del permiso que habeis tenido la bondad de concederme.

= ¡Infeliz muchacho! dijo el republicano, ¿por qué no se habrá quedado con su madre? Su herida tiene mala cara, y es tan delicado y fino como una señorita.

= Mientras que el veterano decia entre dientes estas palabras, habia

ido el herido realista à guarecerse del sol del Mediodia à la sombra de unos olmos. Tendióse en la yerba medio desfallecido, oyendo con estremecimiento alejarse el cuerpo de prisioneros y su escolta.

= Héteme aqui solo!... Pobre madre! cuando salí de Lóndres me repetia: «Te de-jo ir, querido Enrique, porque vas con tu padre...» Y ahora no tengo padre; cayó noblemente al lado de nuestro general... Ah! ¿por qué no habré quedado yo en su lugar en el campo de batalla?... no sufriria mas, y estaria allá arriba con el que me ha enseñado el honor... Me abraso de sed... Este aguardiente que me ha dado el republicano, me quema el pecho! ¡Oh! si hallase una fuente... agua fresca, muy fria... me abraso...

Acto continuo todo su cuerpo empezó à temblar. Levantóse sin embargo creyendo que habia transcurrido mas de media hora descansando. Cuando se levantó, se le doblaban las piernas: «No importa, se dijo Enrique, es preciso que me ponga en marcha y trate de alcanzarlos.»

Caminó el herido mas de una hora, y al sentir que se iba à desmayar de dolor y de cansancio, miró al cielo y dijo: «Dios mio, dadme fuerzas, y vos, padre, rogad por mí, sostenedme. No quiero faltar à mi juramento... deseo ser digno hijo vuestro.»

Llegó por fin á una aldea. Divisó una muger en la puerta de la primera cabaña y yendo hacia ella:— ¡Oh! «por piedad, la dijo, dadme un poco de agua.»

= Entrad, entrad, jóven, venid á nuestra casa que os daremos cuanto tengamos... Querido señor, parece que estais muy enfermo, descansareis un poco...

= Agua, agua fresca es lo que necesito, se me abrasa el pecho...

Mirándole con interes y compasion la sencilla bretona, le hizo sentar junto á una mesa y le trajo agua. «Si tuviese vino, le dijo, os lo daria; pero los republicanos nos lo han saqueado todo.»

= Os lo agradezco, buena muger, el agua me hace mas provecho, y ahora que ya he bebido os doy mil gracias y me marchó.

= Marcharos, Virgen Santa! pero querido señor, mirad que estais muy malo... que vuestra herida está echando sangre.

= No importa, tengo que irme, es preciso que me reuna con los que habeis visto pasar.

= Oh! si por cierto, los hemos visto, qué buenos señores! No se parecen, ni con mucho á los soldados de la república. Les hemos llevado de refrescar, y nos han dado las gracias como si hubiéramos hecho gran cosa... Y entre ellos hay buenos sacerdotes y un santo obispo que nos echó la bendicion. Los azules se reian, pero la aldea entera estaba de rodillas, y cuando salieron esos valientes caballeros, todos llorábamos.

= Pues con ellos voy à incorporarme.

= ¿Irà sin duda tambien vuestro padre?

= No, ya no tengo padre, le han muerto.

= ¿Estos últimos dias?

= Sí, al desembarcar.

— Oh! querido señor, Dios y santa Ana de Auray os amparen, y os infundan para consuelo el pensamiento de que los que mueren por la buena causa van derechos al cielo y son colocados en el Paraiso entre sus santos mártires.

— Gracias, gracias, buena muger; à dios....

— Antes de marcharos, pasaos por casa de nuestro vecino... es el gefe de la parroquia, un primo de Jorge Cadoudal. Os dará medios para reuniros con los otros señores, id á verle; tiene un caballo, y ya que os empeñais en marcharos, os le prestará, y los alcanzareis mas pronto.

Enrique de Tinteniac siguió à la bretona y llegaron á casa del gefe de la parroquia.

Cuando Ana Keronan le contó lo que ocurría, el capitan paisano bajó al momento y salió á recibir al caballero alargándole la mano y apretándosela afectuosamente.

— Doy gracias á Ana Keronan por haberos traído aqui, dijo el primo de Jorge, descansareis en vuestra casa. Sé que quereis ir á Auray, pero confio en que renunciareis á vuestro proyecto. Los republicanos no cumplirán la promesa que os han dado... os han ofrecido la vida y estoy seguro de que faltarán.

— Esa no es una razon para que yo falte á mi juramento.

— ¿Qué habeis jurado?

— Antes de salir de Carnac, juramos ir á Auray y no escaparnos en el camino... Además hace dos ó tres horas que nó pudiendo andar por la sangre que perdía, supliqué á un oficial republicano me dejase reposar un poco, y me lo concedió, prometiéndole incorporarme con los míos.

— No seré yo quien os aconseje faltar á vuestra palabra, añadió el paisano: toda la vida he cumplido la mía... Si los que os han hecho prisionero fueran de buena fe, yo mismo os conduciria á ellos... Pero son bandidos que no creen en Dios ni en los juramentos. ¿Hay compromisos con hombres por este estilo?

— Bueno y leal breton, respondió Tinteniac, apelo à vos mismo, á vuestra conciencia de realista y de cristiano: en Carnac juré ir á Auray: despues hice la promesa que sabeis en el camino. ¿Si estuvierais en mi lugar qué hariais?

El breton no respondió.

— Vuestro silencio me dice bastante; ¿Ya no me aconsejais que me quede?

Volvió á callar el gefe de la parroquia.

— ¿Me hareis el favor da prestarme vuestro caballo?...

A esta pregunta alzó de repente la cabeza el breton que estaba embebecido en profunda meditacion y apretando la mano de Enrique Tinteniac, le dijo:

— Sois un valiente caballero, un verdadero realista; en seguida, volviéndose y enjugando con el revés de la mano las lágrimas que no podía contener:

— No me opongo á vuestra voluntad, os admiro.

— No hago mas que mi deber... y en mi lugar hariais otro tanto.

— Pedia la fuerza á Dios.... y ahora querido caballero, que veis que no me opongo á vuestra voluntad, credme, no os apresureis á marchar; con la calentura que os abraza no podeis ir lejos, dejad que pase la fuerza del calor, y al anochecer, con la fresca, montareis á caballo y os acompañaré hasta la mitad del camino. Vuestros valientes compañeros de armas van á pie y no llegarán á Auray hasta mañana por la mañana; llegareis al mismo tiempo que ellos.... y de antemano os anunciarán vuestra suerte y la suya.

= Hemos hecho lo que debiamos; Dios hará el resto.

= ¡El os salve!

= Plegue al cielo el concedernos que seamos dignos de su causa hasta lo último.

Enrique, cediendo á las instancias del gefe de la parroquia, se metió en la cama y se dejó cuidar por la familia que no le rogaba ya que se quedase, porque sabia su resolucion tomada, y comprendia todas las obligaciones de un juramento.

Cuando el jóven emigrado se vió solo con la bretona, la rogó le buscase una hoja de papel, una pluma y tinta...

= Voy, dijo, á buscar lo que pedís; para ello es preciso que entre en casa del sobrino de nuestro antiguo cura... porque aqui ningunos sabemos escribir.

= Ah! sabeis cosas que valen mas, dijo Enrique.

= Sabemos servir á Dios, amar al prójimo, al rey y defender su causa.

Cuando recibió Mr. de Tinteniac los avios y se salió la doncella, se levantó, vistióse y poniéndose de rodillas rezó algunos momentos. En seguida escribió á su madre la carta siguiente:

Francia 30 de junio de 1795.

Esta Francia, desde donde fecho mi carta, buena y querida madre, la veré muy poco tiempo. Sabeis á que edad salí de ella, y ahora que volvía tan contento, voy á morir. La llegada de la escuadra inglesa os habrá participado el modo con que nos han vendido, y los partes recibidos por el ministerio ingles al referir los nombres de los muertos y heridos os habrán enterado de nuestra inmensa desgracia. Oh! ¡cuánto mas dulce y fácil me hubiera parecido la muerte al lado de mi noble y valiente padre! El que tanta sed tenia de volver á ver la Francia, ha sido el primero que sucumbió. Yo le ví caer y cuando estuvo en tierra, miró y tendió la mano hacia mí. Volé á su seno, y al inclinarme bajó el brazo que me hizo la señal, me estrechó contra su pecho por el que habia penetrado una bala; inundóme su sangre, y cuando uno de mis compañeros me dijo que me levantase, sentí yerto el brazo de mi padre.... estaba muerto, muerto por Dios y el rey.

«Mr. de Sombreuil queria batirse hasta que pereciese el último de nosotros; pero los republicanos nos gritaron: «basta, basta! habeis cumplido con vuestro deber, os habeis batido bien: rendios. Os prometemos la libertad y la vida»... Entonces muchos de los nuestros gritaron tambien á nuestro comandante que se rindiese... y él queriendo salvar la vida de los suyos, capituló.

«Ahora dicen que los republicanos van à faltar à la palabra que nos dieron en el campo de batalla, y que nos fusilaràn mañana à todos. Mucho me cuesta creer tanta perfidia, porque los republicanos por desmoralizados que estén, son franceses.

«Rezagado en el camino de Carnac à Auray, los honrados aldeanos, en cuya casa entré, querían detenerme, diciéndome que si iba à Auray sería víctima de mi confianza por hombres sin fe... Madre mia, me acordé de vuestros preceptos, y marché esta noche.

«Aun conservo esperanza, madre mia... no os desconsoléis... Mi padre está en el cielo, creo que me mira, y suceda lo que suceda, quiero ser digno de él y de vos! Oh! qué hermosa es esta Francia, ¡con cuanto placer hubiera vivido en ella con vos! Cuando pisamos el suelo de Bretaña, mi padre me enseñó de lejos el bosque que rodea el castillo en que nacisteis... Si no hubiéramos sido infamemente vendidos por los transfugas que tragimos de Inglaterra y por los republicanos del fuerte de Penthièvre; si me hubiese tocado en la vanguardia con los soldados de Cadoudal y de Mercier, hubiera ido à ver vuestra casa nativa... Dios lo ha dispuesto de otro modo, y en esta tierra natal donde soñaba victoria y felicidad, no hallaré quizás mas que una tumba... Madre, al bajar à ella, solo una cosa me aflige, y esta cosa sois vos. Cuando recibais esta, bendecidme; si aun vivo vuestra bendición me hará mejor y mas fuerte. Si he muerto, descenderà à mi hoesa y aligerará la tierra que me cubra... Adios, madre tierna y adorada, bendecid à vuestro amantísimo y respetuoso hijo = *Enrique*.

Rápidas habían pasado las horas, veloces como si hubieran corrido sobre la dicha y la alegría. Y entretanto el sol, bajando al horizonte prolongaba sobre los prados y los campos cultivados las sombras de los árboles y casas. Aplacábase el calor del día y la brisa precursora de la caída de la tarde, agitaba mansamente las hojas de los olmos y encinas. Desde la ventana vió Enrique al gefe de la parroquia ensillar su caballo, vertiendo lágrimas. El emigrado adivinó su emoción, y no queriendo enternecerse, se retiró y bajó al patio. Encontróse con la familia reunida, el padre, la madre y los hijos.

— Quizás no os vuelva à ver, amigos míos, dijo Enrique, y no quisiera que os olvidarais de mí... Hacedme el favor de aceptar este reloj.

= Guardadle, guardadle, noble caballero; confío en que os marcará todavía muchas horas.

= Señor, dijo el gefe de parroquia, ¿quereis pagarme unos instantes de hospitalidad?

= Amigos míos, no deseo otra cosa que dejaros un recuerdo de mí; encomendadme en vuestras oraciones.

= Siempre os tendremos presente, respondió el viejo realista, y aceptamos vuestro obsequio. En cambio mi esposa os dará una cinta de santa Ana; está bendita y es muy bueno llevarla en vida y saludable en la hora de la muerte.

= «Oh! gracias! gracias!» Al decir estas palabras salió Enrique de la casa y montó à caballo. El breton en otro de un compañero, se puso à

trotar à su lado; durante un rato guardaron ambos silencio. Hermosa era la noche, iluminaban las estrellas el firmamento, y de cuando en cuando en medio de la calma profunda que reinaba en la campiña, oíase el ruido del mar que con lastimeros gemidos se estrellaba en la playa.

Referíale el jefe acciones y combates ocurridos en los distintos puntos, aldeas y lugarejos por donde atravesaban; aquí era donde santa Ana y san Ivo habían hecho milagros; allá Deguesolin, Carlos de Blois, Juan de Monfort, Jorge Cadoudal y Juan-Juan se batieran bizarramente.

Una ancha faja, semejante á la plata mate empezaba á estenderse por la parte de Oriente, y sobre este fondo perla-nacar se dibujaban los árboles y campanarios.

= Ya debemos de estar cerca, dijo Enrique.

= Antes de llegar, encontraremos la columna de emigrados... Escuchad... ¿no oís ruido delante de nosotros?... no me extrañaria que fuesen ellos....

No se engañaba el anciano realista, y los primeros rayos del alba reflejaron en las bayonetas de la escolta de los emigrados.

= Hélos ahí! dijo el jefe de la parroquia; al subir esa cuesta los alcanzamos.

= Con que es preciso que me despida de vos...

= Un poco mas lejos; quisiera ir con vos hasta ellos; pero debo evitar encontrarme con los gendarmes, pues no nos queremos bien.

= Voy á apearme.

= No, no, seguid hasta à Auray; dejareis el caballo en el *Escudo de Bretaña*, la tercera casa á la derecha entrando en la ciudad.... Allí vive mi hermano y me le enviará.

Ambos trotaron aun algun tiempo, y al llegar á una hondonada se hallaron con una cruz de piedra que los jacobinos habían roto, pero cuyos pedazos recogieron los habitantes en el pedestal de granito.

= Vamos, querido señor, aquí es....

= Donde debemos separarnos...

= Sí; y con profundo dolor os aseguro....

= Al pie de la cruz... es el mejor sitio para una despedida....

= Sí, acá en la tierra es el mejor, si es la voluntad de Dios, ó allá arriba si quiere sacarnos de este mundo.

Diciendo estas palabras abrazó tiernamente el anciano al joven caballero, y al verlo marchar, exclamó:

= ¡Adios hasta la vista!

= ¡Hasta la vista! repitió Enrique levantando al cielo la mano.

Quando se reunió con sus compañeros de armas fué rodeado, y abrazado por una infinidad de amigos antiguos de su padre; habíanle creído muerto de cansancio en el camino... No, aun tenía bastante fuerza para ir al suplicio.

El oficial republicano que le dió permiso para quedarse atrás, meneó al verle la cabeza, y le dijo: «sois breton, joven, y por lo tanto obstinado, no habeis querido entenderme.»

= He querido cumplir mi palabra.

— Os hubiera perdonado de muy buena gana su falta; refunfuñó bajo su bigotazo el *gruñon de la república*.

Al pasar Enrique al lado del obispo de Dol, púsole el prelado la mano en el hombro y le dijo: „hijo mio, os creia perdido, y pensando en vuestra madre, casi me alegraba...”

= Monseñor, mas se alegrará la pobre de que esté con vos.

— Pero sabeis à donde nos llevan?

= Si, dicen que à la muerte.

= Y habeis querido incorporaros. ¡Oh Dios mio! bendecid à este jóven, exclamó el santo obispo estendiendo la mano sobre la cabeza de Enrique.... Es digno de los suyos.

Llegaron todos à Auray.... y cuando se trató de dar alojamiento à los prisioneros, el comandante de armas del pueblo dijo: «que los metan en la iglesia, no merece la pena de buscar cuartos; en buenos fosos los alojaré yo.»

Y si hablaba de este modo, es porque Tallien habia gritado desde la tribuna de la Convencion:

«Los emigrados han osado hollar con sus plantas el suelo natal, es preciso que esta tierra los devore.»

Estas horrendas palabras estaban en demasiada armonía con los pensamientos y los votos de la asamblea regicida, para que no fuesen aprobadas. La que mataba reyes y reinas, no debia dejar vivir à sus defensores; y se habia levantado entera como una sola furia que no ha bebido aun bastante sangre, para mandar que todos los emigrados que capitularon en Quiberon fuesen degollados.

Mediaba una palabra empeñada en el campo de batalla, ¿pero qué entendia la Convencion de palabras en el campo de batalla?

Dióse la órden de pasar por las armas à todos los prisioneros. Un grito de indignacion resonó en toda la ciudad; la autoridad militar amenazó à los habitantes con incendiar sus casas despues de saquearlas, si hacian la menor tentativa para libertar à los emigrados. Estos dijeron à los bretones irritados por la perfidia republicana: «Aplacaos, que nosotros sabremos morir.» Y lo supieron.

Mr. de Sombreuil con la frente erguida, marchó delante de los soldados de la república que iban à fusilarle, y exclamó.

= He vivido y moriré realista; pronto à comparecer delante de Dios, pero sepa todo el mundo que ha habido una capitulacion en la que se me ha dado palabra de tratar à los emigrados, mis compañeros de armas, como prisioneros de guerra.»

Y volviéndose en seguida à los granaderos que se aprestaban à darle muerte, «Apelo, les dijo à vuestro testimonio, delante de vosotros capitulé.»

Los granaderos callaron. Sin duda no serian franceses. Algunos pretenden que eran extranjeros.

Sombreuil, marchando à la muerte, parecia que iba al combate; su mirada era dulce y firme. El obispo de Dol caminaba à su lado; diríase que un caballero y un pontífice del tiempo de las Cruzadas marcha-

ban al suplicio preparado por los infieles. Un jovencillo, de semblante pálido seguía de cerca; era Enrique de Tinteniac. Brillaban sus ojos con extraordinario fulgor, y se conocía al momento que su palidez no procedía de miedo, sino de la sangre que perdiera.

Antes de morir, el obispo hechó la bendición á sus compañeros de martirio. Coando vinieron á ponerle la venda en los ojos, Mr. de Sombrenil, la rehusó, y con sonrisa benévola, dijo al soldado; »soy como tú, amigo; no temo la muerte, la miro de frente.»

Después gritó á los granaderos que le apuntaban:

»Mas á la derecha.»

Este nuevo crimen de la Convencion, este espantoso atentado á los derechos de la guerra se consumó en los alrededores de Auray en un prado que hoy lleva el nombre de Campo de los Mártires. Los numerosos peregrinos que van á rezar á Santa Ana de Auray, tienen la costumbre de arrodillarse en el campo inundado de sangre. María Teresa de Francia vino á honrar á los que allí duermen.

Algunas veces las mugeres bretonas, cuando tienen niños débiles y enfermos los llevan á Auray y los acuestan sobre las huesas de los mártires; al preguntarlas: ¿por qué haceis eso? os responden:

»Para que se vuelvan fuertes.»

El cadáver de Enrique de Tinteniac fué reconocido por su extrema juventud; estaba tendido junto al de Mr. de Sombrevil.

Las víctimas de Quiberon, los mártires de Auray alcanzaron en tiempo de la restauracion, los honores de un monumento. Nombróse para su ereccion una comision; y todos se acuerdan de que su presidente era el mariscal Soult. Mientras mandaba en Bretaña y residia en Reines, me presentaron á él; en nuestro pais los realistas mas ardientes palidecian en presencia del duque de Dalmacia, legitimista reciente. Acostumbrado á vivir en un pais fiel estaba asombrado del ardor de su realismo. Presidente en el dia del consejo de Luis Felipe, el mariscal Soult sigue á otra causa. ¡Cuánto desearia que de una vez se dijese á los hombres de un modo positivo y solemne, que era un crimen contra el honor el cambiar de bandera!

(Esperanza.)

COSTUMBRES.

LOS BELENES.

En aquellos tiempos no muy remotos en que se creia poco ménos que pecado mortal el poner los pies en un teatro, en que se tenia por muy peligroso el asistir á los bailes y saraos, de los que tal vez se desterrara ya la sencillez de las primitivas costumbres, nuestros padres impelidos por esa fuerza irresistible que en las largas veladas de invierno nos obliga á buscar en las diversiones domésticas, el solaz que en las calles y en las

plazas nos niega la naturaleza medio muerta por el frío, debieron entregarse á los placeres que sin chocar con sus ideas religiosas les proporcionasen distracción en las horas que les dejaba libres el trabajo. Entonces fueron sin duda los buenos tiempos de los Belenes, de este espectáculo sencillo, que reune en las casas cuyos dueños tienen humor para ponerlo, á los parientes, á los amigos, á los conocidos, y hasta á los extraños aficionados á este género de diversiones, que fácilmente hallan entrada en todas partes.

Más de una vez en mis anteriores artículos he tenido que hablar de Belenes, sin que me haya sido posible dar en ellos una idea de esta costumbre que tanto atractivo ha tenido y tiene todavía para los barceloneses. Fuerza ha sido destinar un artículo exclusivamente para los Belenes, puesto que aun en el estado de decadencia en que se encuentran esas diversiones semi-religiosas, semi-profanas, ofrecen mil particularidades notables á la curiosidad del observador.

Desde principios de diciembre son ya objeto de serias discusiones entre los aficionados los preparativos para poner el Nacimiento, discusiones que en otros tiempos se sostenían con tan acalorado tesón aunque con ménos perjuicio del público bienestar, como en estos últimos años las cuestiones políticas. En todas las clases de la sociedad, en todos los sexos, en todas las edades cuentan los Belenes numerosos partidarios, que así en la feria de Santa Lucía en el llano de la Seo, como en las de Santo Tomas en la plaza de Santa María, hacen provisión de cuanto les falta para poner en el Nacimiento cuantas variaciones se acordaran en el consejo de familia, ó en las conferencias de los amigos. Porque es indispensable que todos los años haya algunas cosas variadas en los Belenes; menguada idea daría de su ingenio el que presentase un Belen exactamente igual al del año anterior; sería considerado tan pobre de ideas, de gusto y de recursos como la señorita que se presentara dos noches seguidas en un baile sin cambiar de traje ni de adornos.

La noche del día de Navidad es la destinada á inaugurar los Belenes, que continúan según el gusto ó los hábitos de cada cual iluminándose una, dos ó mas veces á la semana hasta la Candelaria, despues de cuyo día no queda ya Belen alguno. Por lo mismo que en todas las clases de la sociedad, y en todas las edades tienen los Belenes sus aficionados, no hay que extrañar la variedad que en los mismos se nota, porque hay Belenes de niños, y de mayores de edad, los hay pobres y ricos, aristocráticos y del estado llano. En todos se refleja el gusto, las inclinaciones, el ingenio, las riquezas de los autores.

Subid á un cuarto ó quinto piso, porque en Barcelona no hay buhardillas, y vereis á los niños de una familia pobre afanosamente ocupados en la noche de Navidad en encender unas candilejas, ó unas cerillas que les regaló el cura á quien suelen ayudar la misa, para iluminar un armatoste de carton colocado en un rincón de la alcoba que se quiere parecer á una montaña, y en cuya parte inferior hay una cueva; donde entre un buey y una mula nace el Redentor. Adornan la montaña algunas cabras y pastores mutilados, alguna casita que compraran en la feria de Santa

Lucía, y en una de las faldas del monte, un ángel colgado de una peña con un colosal gloria in excelsis por debajo anuncian á unos pastores el nacimiento de Dios. En aquella alcoba entonan los chiquillos con des-templadas voces alegres villancicos en un idioma que es difícil averiguar si es castellano ó el catalan. Estos villancicos empero les valen el aplauso de los concurrentes de su edad, de sus compañeros en todos los juegos y diversiones propias de la infancia. Pero si los niños pertenecen á una familia mas acomodada, ó se han asociado con los señoritos del cuart principal ó del segundo para poner el Belen, ya no son mutilados los pastores y las cabras, el Belen se compone de algo mas que la montaña, pelada; á su lado se divisa ya algun paisage, con la comitiva de los Reyes Magos, ó con la degollacion de los inocentes, ú otra cosa análoga, como por ejemplo unos andaluces bailando el bolero, ó una procesion de frailes, ó unos moros batallando con los soldados de la Cruz. Mas en lontananza, es decir, dos palmos mas allá, los restos de un cristal de la ventana que pocos dias antes se rompió, os darán la idea de un mar tranquilo de cuyo centro se eleva magestuoso el sol, es decir un pedazo redondo de papel colorado con una cerilla detras para que la ilusion sea completa.

A estos Belenes preceden en categoría los de las amas de cura, de monjas esclaustradas, de menestrales, de señores, de canónigos, y algunas veces los de especuladores, en los cuales se paga la entrada. Mas no son los últimos los mas comunes, ni los que considerarse deben como inseparables de la sociedad barcelonesa. Estos son los aficionados ora perteneczan á la clase de menestrales, ora á otras mas elevadas, disponen para admiracion de todos, y para saborear el placer que en el hombre produce el público aplauso. No todos son igualmente ricos, no todos con el mismo ingenio dispuestos, pero lo que á algunos les falta en riqueza les sobra en buena disposicion, y lo que á otros les sobra en adornos, les falta mas de una vez en buen gusto. No todos ocupan una alcoba ó un cuartito de los últimos pisos (los Belenes son muy amigos de existir cerca del cielo), algunos hay, bien que pocos, alojados en cuartos principales. Poco mas ó ménos en todos los Belenes vereis las mismas cosas, y difícilmente hallareis dos que sean iguales. En todos vereis la adoracion de los pastores por Navidad, que generalmente se sustituye por la de los Reyes en la Epifanía: esto y la anunciata es lo que constituye la esencia del Belen; los accesorios varían al infinito, pero siempre con las mismas variaciones.

En todos vereis chozas de pastores, casas de campo, fábricas de ladrillos, mugeres cargadas de leña que atraviesan un puente, un rio que fertiliza una vega agradable, fuentes, lagos, hosques, praderas, y mas allá en lontananza por entre unos cerros de corcho desentubriréis hermosos paisages, ricas llanuras, ciudades suntuosas, magníficos panoramas con sus montes nevados, y la deslumbradora salida del sol. Guardaos empero de que el autor os manifieste cada una de estas particularidades, de que os haga notar todas sus bellezas; es tan inexorable como el propietario territorial que os obsequia acompañándoos por sus posesiones.

Si os toma de su cuenta, no esperéis compasión; ni siquiera os horá gracia de haceros observar la naturalidad de las arenas, de las yerbas, del musgo, de los arbustos, de las pitas, de los cipreses que el día anterior trajo del campo, como si pudiese dejar de ser natural lo que produce la naturaleza. No le objeteis ningún anacronismo en los trages y en las escenas, que representan los diferentes personajes. El será quien con razones arqueológicas incontestables os demostrará la propiedad de los diferentes géneros de arquitectura, que tienen cabida en el Belén. Si le preguntáis por qué es gótico el edificio de cuyas ruinas forma parte el pesebre en que nace el niño Dios, digno rival del cicerone de las antigüedades de Mérida os contestará que por lo mismo que es ruinoso debe suponerse más antiguo el edificio, y su arquitectura muy anterior á la época. Y en esto no anda del todo descaminado, porque las casas de los labradores de Belén que visten el traje de nuestros paisanos, son de arquitectura más moderna, así como son de nuestros días sus muebles, su cocina y su mesa, en la cual para mayor exactitud está sujeto con una cadena el cuchillo para partir el pan. No cabe duda que Herodes para evitar que los judíos se opusiesen á la degollación de los inocentes que meditaba ya, siguiendo el ejemplo de Felipe V. recogió todas las armas de la Judea, sin dejar á los paisanos más que el cuchillo de partir el pan, y aun amarrado á la mesa.

He querido á propósito considerar los Belenes bajo el punto de vista más inofensivo, y he dejado de hablar de los lances no tan inocentes á que dan lugar. No he querido hablar de los bailes, de los conciertos, de los refrescos, que con ocasión de los mismos se dan en algunas casas. Mucho ménos he querido decir una palabra de las apreturas no para todos desagradables que suele haber en los cuartos de los Belenes, ni de las diversas ocurrencias que se notan en las interminables escaleras que hoy que subir, y en las cuales cuando más gente hay y más bullicio, rara vez falta un prójimo que se encargue de matar la luz. Lo que entonces sucede..... os lo podrá decir quien lo sepa; mis ojos no saben distinguir los objetos en la oscuridad. = O. (Diario de Barcelona.)

BIOGRAFIA.

D. JAIME TIÓ.

Tristes son las exequias celebradas á un difunto cualquiera, triste es el rezar por el alma del que fué; pero es amargo llorar por un amigo cuya mano fría no puede estrechar la nuestra y cuya alma está apagada por el helado soplo de la muerte.

Más deber es de la amistad recordar sus bellas cualidades, sus grandes acciones. Cuando el hombre es desconocido, los parientes entre sí hablan de él, recuerdan sus hechos. Cuando en la posición social está elevado á un rango cualquiera, el público tiene derecho á saber sus glorias y á lamentar la pérdida de lo pasado ó las esperanzas del porvenir. Tió fué el primer poeta catalán de su época. Nosotros admiramos los monumentos de su gloria, deplora-

mos su desaparición y solo nos resta, cual los bardos antiguos, el triste consuelo de contar sus hazañas.

Nació en Tortosa, pequeña y antigua ciudad de Cataluña á orillas del Ebro. Sus primeros años corrieron tranquilos á la sombra de sus padres, honrados comerciantes de dicha ciudad. Estuvo de colegial en Valencia y dedicándose á la carrera del foro vino de allí á Barcelona donde cursó jurisprudencia. No se distinguió como prometía su talento, porque las bellas artes y su carácter ardiente le distraían de aquel estudio grave que requiere una ciencia dependiente de un recto juicio, mas que de una imaginación vivísima como la de que él estaba poseído.

Publicó en el Constitucional y en otros periódicos, poesías que aun recordaba con placer ántes de su muerte, porque ellas eran la expresión de las inquietudes de su alma, frecuentes en aquel primer período de su vida de poeta.

Sentía que en Barcelona no se levantara una voz, para conquistar el puesto que le correspondía en la república literaria, y auxiliado por varios amigos realizó el pensamiento de crear un periódico de literatura, que publicó con el título de *El Herald*, en 1840. Poco ántes se habia representado en el teatro de Sta. Cruz *el Castellano de Mora*. Este ensayo dramático mereció una corona al Poeta,... el público aplaudió tan bella composición. A este drama siguió, *Generosos á cual mas*. *Generosos á cual mas*, es un drama completo, es una concepción magnífica, es una de las mejores joyas de su corona dramática. Tió fué desde entonces ventajosamente conocido entre los poetas dramáticos.

Alfonso tercero el liberal y *el Espejo de las venganzas*, elevaron al joven poeta en primera línea entre los contemporáneos autores. Cada uno de estos dramas fué una ovación á su distinguido nombre, cada representación añadió una corona de vítores sobre su cabeza y entre los jóvenes escritores catalanes fué aclamado el primero. Sus dramas no morirán jamás, porque son altamente filosóficos y ni la intriga ni el polvo pueden contra las verdades sublimes emanadas de la filosofía.

No se limitó nuestro poeta en escribir para el teatro: quiso que su gloria fuese inmarcesible.

La historia presentó un campo vasto á sus meditaciones, y ensayó continuar la obra del insigne D. Francisco Manuel de Melo, sobre la historia de Cataluña. Este trabajo fué admirablemente ejecutado luciendo en él los profundos conocimientos, que poseía en aquel ramo.

Fué director de una serie de obras que publica D. Juan Oliveres, editor, con el título de *Tesoro de autores ilustres*.

Chateaubriand, Balzac y Jorge Sand han sido traducidos en español por nuestro amigo, cual debían en un siglo en que tanto se ha abusado de las traducciones. El sabía profundamente ambos idiomas y tenía genio: Comprendió y pintó en español lo que se concibiera á orillas del Sena.

Muchísimas otras pequeñas producciones deberíamos citar si pudiesen estas aumentar su brillante reputación como Historiador, Poeta y Traductor. El grito de los Comuneros, que puso en música el Sr. Rachel, varios artículos sobre el teatro español publicados en los periódicos de Francia é infinidad de leyendas, novelitas y poesías inéditas, si bien prueban su genio fecundo y brillante imaginación son no obstante átomos imperceptibles al lado de las obras de que tenemos hecha mención. Fuerza es que concluyamos, porque así lo exigen las limitadas páginas de un periódico literario.....

Y sin embargo, nosotros hemos comprendido como tú, joven vate, días de eternal quebranto; nosotros como tú comprendemos las miserias de la vida;..

mas tú nos faltas para dulcificar esas jornadas tristes como un yermo y esos melancólicos pensamientos, que en ellas asaltan a nuestra mente tan terribles y siniestros como la rumba ó yaces. En la morada de la paz, en la mansion de los justos, implora para nosotros, que te lloramos, esa apetecida paz que nos niega un mundo lleno de tumultuosas pasiones. Implora para nosotros la justicia que nos niegan los hombres, impelidos por los mas bajos instintos de que tú tambien fuiste víctima en tus primeros años.

En la eternidad no hay rencor, en la tumba se estingue el odio.... tú has olvidado ya, como acallaste en el mundo los ayes que lanzó tu pecho lastimado por estas dos víboras..... Depondrás tambien á los pies del Señor una buena memoria para los que sinieron hacia tí una amistad verdadera.

F. de P. F. (El Genio.)

Causas célebres.

TRIBUNAL DE ASISIAS DE CHESTER.

Parricidio.—Acusacion contra una jóven.—Su ejecucion.

Comparece en la barra Mary Gallop de edad de 20 años, y de rostro bastante agradable, su vestido es el de una campesina.

Del proceso aparecen las circunstancias siguientes:

Ricardo Gallop, carpintero, salió de Liverpool con su familia hace ocho meses y fué á establecerse á Crewe, donde trabajaba en un camino de hierro. Gallop, tenia un carácter áspero, y vivia en mala armonia con su muger. Desesperada esta por su triste suerte, se suicidó hace seis meses con una navaja de afeitar. Despues de la muerte de su madre, sufrió María, que tenia á su cargo la direccion de la casa, el mas duro trato. Una vez que quemó unas patatas al asarlas, la amenazó Gallop con una fuerte correa. La jóven confió muchas veces sus penas á una hermana uterina que tenia, fruto del primer matrimonio de su madre, y la dijo que terminaria poniéndose á servir.

En Liverpool habia conocido á un jóven llamado Duval, con quien se sospechaba que tuviese intenciones de ir á vivir maritalmente. Un dia quiso marcharse por el camino de hierro de Crewe á Liverpool, pero su padre se opuso á ello diciendo que no queria que renovase las relaciones con su seductor; poco tiempo despues compró María un penique (dos reales) de arsénico, so pretesto de esterminar ratones. Al dia siguiente tomó igual cantidad, y el 2 de noviembre compró por valor de dos peniques.

Tres semanas ántes del 2 de noviembre habia enfermado Ricardo Gallop, acometido de vómitos continuos. La violencia de los síntomas aumentó despues de tomar como medicamento una cocion de arrow root preparada por su hija. Murió en la noche del 2 al 3 de noviembre. E

cirujano que le asistía, creía que estaba atacado del cólera no contagioso.

El constable M. Kenty pasó al otro día á la casa, é interfogó minuciosamente á Maria Gallop, cuyas respuestas confirmaron sus sospechas. En un cajon encontró un pañuelo que contenia un paquete de nuez vómica y un poco de arsénico en un papel. Tambien puso aparte dos panes y los restos de un pastelillo que le parecian sospechosos.

La acusada contestó al constable que habia poseido veneno, pero aseguraba haberle comprado por órden de su padre con objeto de esterminar los ratones y ratas que infestaban la casa.

La autopsia del cadáver puso en evidencia que la muerte provenia de una sustancia venenosa irritante que presentaba todos los caracteres del arsénico. El estómago contenia todavía arsénico blanco.

Se ha averiguado que la hermana uterina de la acusada y un habitante de la misma casa llamado Fraser, habian tenido una fuerte indisposicion, habiendo comido la semana anterior pastelillos preparados por Maria.

El químico M. Weldie ha encontrado arsénico en el pastelillo y en el pan, pero la dosis mas fuerte estaba en el *arrow root* destinado esclusivamente al padre de familia.

M. Traffort ha defendido á la acusada atribuyendo á demencia la exactitud de los terribles cargos que pesaban sobre ella: ha dicho que su madre habia atentado á su vida en un acceso de locura, y que la enagenacion de las facultades mentales solia ser hereditaria.

El juez M. Gurney concluyó de este modo el resumen de la causa: si los jurados creen que la acusada ha dado arsénico á su padre, es deber suyo declararla culpable, pues ninguna circunstancia de la causa hace presumir la demencia que se dice haber existido.

Despues de cinco minutos de deliberacion, ha declarado el jurado culpable á Maria Gallop insistiendo vivamente en que se la recomendase á la clemencia real. El baron Gurney contestó á esta pretension. ¿Cómo se podría invocar la clemencia real á favor de una jóven que ha dado muerte á su padre?

El juez dijo despues de cubrirse con la terrible gorra negra. «Maria Gallop, á consecuencia de largos debates á que ha prestado el jurado toda la atencion y paciencia de que es susceptible, estais convicta de haber consumado el mayor de todos los crímenes. ¿Habeis meditado detenidamente, preparado y llevado á efecto un atentado contra el autor de vuestros dias, con una odiosa y detestable perseverancia y rodeándoos de precauciones hábilmente combinadas?— La ley manda que seais ahorcada en el plazo que ella misma prescribe. Vuestra conducta despues del suceso no ha presentado la menor señal de arrepentimiento. Ceded, pues es tiempo todavía, á la voz de los remordimientos no para conseguir una modificacion en vuestra sentencia, sino para haceros acreedora á la misericordia divina. Buscad en Dios alguna esperanza para la otra vida, pues en esta nada podeis esperar de la piedad de los hombres.»

La jóven salió de la audiencia con paso seguro: sus miradas eran fi-

jas y sin espresion, como si no comprendiese la suerte que le aguardaba.

Declarada la solicitud de indulto, sir James Graham, ministro del interior, dió aviso á las autoridades competentes de Chester para que examinasen el proceso, pues el gobierno no creia de su deber detener el trabajo de la justicia. En consecuencia, se dieron las órdenes necesarias para que se llevase á cabo la ejecucion el sábado 28 de diciembre.

Se habia tenido gran cuidado de no hacer concebir esperanzas á María Gallop, pues los sucesos posteriores podrian frustrarles. Cuando se la participó la noche anterior la triste suerte que la esperaba, sufrió en el primer momento una violenta reaccion, pero no tardó en volver á la especie de apatía que habia conservado durante todos los trámites del proceso.

La sentenciada debia ser trasladada segun costumbre, desde el calabozo del Castillo á la cárcel de la ciudad, delante de cuya fachada se verifican las ejecuciones. Esta traslacion se hizo con el mayor secreto posible. — Un poco despues de media noche, el superintendente de policia M. Hill, pasó al castillo y manifestó la orden de que era portador. La desgraciada jóven fué conducida por otra muger, á cuyo trage se asia con fuerza como temiendo el momento en que la iban á separar de ella. La muger la cubrió la cabeza y los hombros con un tupido velo y la dijo: «Nos volveremos á ver.» Hicieron subir á María Gallop en su carreton, en cuyo banco delantero se sentó. El Capellan M. Rowe se colocó á su derecha y un sargento de policia á su izquierda. Varios agentes de policia escoltaban el carruaje. El alcaide, la cárcel y el superintendente de policia iban detrás á pié; la comitiva fúnebre atravesó en esta disposicion las calles enteramente desiertas.

Al llegar al frente de la cárcel de la ciudad y al ver el instrumento del suplicio que ya estaba puesto, abandonaron á María Gallop sus fuerzas y estuvo á punto de desmayarse. M. Hill tuvo que tomarla en brazos para bajarla del carreton y hacerla subir la escalera. No se la perdió de vista en toda la noche: á las once y media de la mañana siguiente la condujeron dos mugeres á la capilla donde el capellan M. Laton celebró el oficio divino. Durante esta ceremonia, la sentenciada manifestaba estar abatida hasta el último extremo con el convencimiento de su horrorosa situacion.

Despues de recibir el sacramento de la Eucaristía, fué conducida María Gallop á la primera sala donde estuvo orando algunos instantes. Llegado el momento terrible, entró el verdugo, ató los brazos á María Gallop, y como no podia moverse la llevó en un sillón hasta la plataforma. Allí la pasó la cuerda alrededor de la garganta en tanto que los dos capellanes la dirijan las últimas palabras de consuelo. Fiel á la antigua costumbre inglesa, pidió el verdugo perdon á la paciente del daño que iba á hacerla, y María Gallop en señal de asentimiento, le ofreció su mano que estrechó aquel. Un instante despues estaba todo consumado. La agonía de la ajusticiada parece que ha durado mas de lo regular, pues como estaba sentada en un sillón, cayó de menor altura y no se verificó en la columna vertebral la dislocacion que acelera la muerte.

(Globo).